BIBLIOTECA DE **LA IRRADIACION**

Rafael Serrano

EL HONOR Y EL DEBER

PRECIO: **50** CÉNTS.

REVISTA PSICOLÓGICA

LA IRRADIACIÓN

Calle de Hita, núm. 6, bajo izquierda

—

MADRID

022

MIGUEL MIRANDA
SAN PEDRO, 7
TEL. 429 45 76
28014 MADRID

C 3022

EL HONOR Y EL DEBER

Drama en un acto y en verso

ORIGINAL

DE

D. RAFAEL SERRANO

PRECIO 50 CÉNTIMOS

MADRID

Revista Psicológica «La Irradiación»

Hita, 6, bajo

1894

022

Personajes.	Años.
María	20
Blas	60
Jacinto	30
Manuel	24

Es propiedad de «La Irradiación»

(Derechos reservados)

A LOS SEÑORES

D. Alonso Vallejo, D. José Ventura y Don Luis Corró.

En este pobre ensayo, caros amigos, se ven asociadas mis ideas y mis aficiones: otra de las cualidades de mi espíritu es la gratitud; *por eso pongo vuestros nombres en la primera página... Vedlo gustosos para complacer una vez más al*

AUTOR

Imprenta de Diego Pacheco, Plaza del Dos de Mayo, 5

ACTO ÚNICO

Casa pobremente amueblada: una puerta al foro, otra á la izquierda que comunica al interior; á la derecha una ventana, una mesa, un quinque encendido, sillas y en el cajón de la mesa una llave y una navaja.

Al levantarse el telón aparecen María y Manuel sentados junto á la mesa; la primera con una cartilla ó silabario en la mano en actitud de dar lección al segundo.

ESCENA PRIMERA

María y Manuel

MARÍA. Hoy vamos á inaugurar
este cambio tan completo
de tu vida; (Manuel la interroga con la vista) es un secreto
que te quiero revelar.
Espero que seas prudente
y á nadie se lo confíes.

MANUEL. ¡Ya entiendo!...

MARÍA. ¿Por qué te ríes?

MANUEL. Por que lo he visto en tu frente.

MARÍA. ¿Lo has llegado á comprender?

MANUEL. Sí... (Viendo que María baja los ojos ruborizada) es sin duda una (pasión
que en tu tierno corazón
ha comenzado á nacer.
Ya ves como lo sabía,
me lo dijo tu rubor.
¿Y á quién dedica su amor
la encantadora María?

MARÍA. (Con timidez) Es... D. Jacinto.

MANUEL. A tu edad bien se explica la pasión.
(Por D. Jacinto) Pero esa gran posición
que ocupa en la sociedad...
MARÍA. Yo no entiendo que el dinero
pueda ser inconveniente.
MANUEL. Rara vez ama el pudiente
lo que adora el triste obrero.
Ellos creen que la mujer,
que ha nacido con belleza,
la creó Naturaleza
para objeto de placer.
MARÍA. (Reconviniéndole cariñosamente) Pasaste la juventud
en terreno corruptible
y es para tí inconcebible
que haya un hombre con virtud.
(Con confianza) D. Jacinto, aunque te extrañe,
es de honrada cualidad;
padre le dá su amistad
y es difícil que él se engañe.
MANUEL. No te niego lo que dices;
pero en fin esperaremos,
y con el tiempo veremos
que tal se porta.

ESCENA II

Dichos y Blas (traje de obrero albañil).

BLAS. Felices
noches mis queridos hijos.
MARÍA. (Besando á Blas) Usted las tenga muy buenas.
BLAS. Que tal, ¿adelanta el niño?
MANUEL. ¡Es muy buena la maestra!
MARÍA. El discípulo es mejor
que el maestro que lo enseña:
¡solamente en esta noche

conoce todas las letras!

BLAS. Muy bien, muy bien hijo mío;
ya verás como no es cierta
la razón en que se apoyan
esos que á ser hombres llegan,
sin saber el alfabeto,
ni conocerlo siquiera,
cuando dicen que á su edad
es muy difícil que aprendan
ó que no les hace falta
el conocer ni una regla
para ajustar pocas veces,
sus mal ajustadas cuentas. (Pausa)
(Reflexionando) ¡Cuánto se engañan, Manuel!
¡Cómo, así pensando yerran! (Pausa)
¡No les hace falta, dicen!
Y el pasar la vida entera
con los naipes en las manos
ó bebiendo en las tabernas,
¿les conviene? ¡Ay, Manuel!
¡¡Hasta que extremo se encuentra
la razón oscurecida
por esa ignorancia ciega!!

MANUEL. Padre mío; esas palabras
una á una en mi conciencia...

BLAS. Comprendo; se clavarán
como si fueran saetas.
¡Feliz tu que ya te hieren
las frases de la experiencia!
¡Ojalá que fueran muchos
los que tu ejemplo siguieran,
y en vez de gastar sus días
donde á la vez se desprecia
el trabajo, la virtud
y el amor y sus bellezas,
se aplicaran á estudiar
el papel que representan!

¡Ah! Entonces, tanta injusticia,
tanto trabajo y miseria
como al pobre pueblo abate
y á la sociedad aqueja...

MARÍA. Pasarían, ¿no es verdad?

BLAS. ¡Oh! Si á soñar te pusieras
no podrías presumir
la ventaja que nos dieran
esos hombres, si trocaran
la taberna por escuela;
mientras en la una se olvida
los deberes que en sí lleva
la sociedad y el hogar,
en la otra, el hombre aprendiera
lo que debe á la familia...
vería en su compañera,
no la esclava que obedece,
sino la mujer que piensa;
y allá, en el mundo social,
do le lleman sus tareas
conociendo sus deberes,
sus derechos conociera.
Y entonces, el egoismo,
la ambición, negras barreras
que separan á los hombres
y los tiene en cruda guerra,
al aureo soplo de amor
del mundo desparecieran.

MARÍA. (Arranque de entusiasmo) ¿Y aquella hermosa palabra?...

BLAS. ¡Sí, hija!

MANUEL. ¿Qué palabra es esa?

BLAS. Voy á decirla, hijo mío:
la «fraternidad» sincera.
Sin cesar esa palabra
á los hombres nos recuerda
hacia que punto debemos
dirigir nuestras ideas.

Hay muchos que la predican
y aunque siempre la vocean
de sentirla están distantes
como lejos de crerla.
Verdad que también hay otros
que la sienten y la enseñan,
pero cual tibio crepúsculo
de mañana venidera. (Pausa)
Estas palabras, Manuel,
gravadas en tu conciencia
sean la norma de tu vida
á donde marche ligera
la nave del pensamiento
en la mar de tu existencia;
y... ¡¡atiéndeme, que es tu padre
quien ahora te aconseja,
en cuyas rojosas manos
marcó el trabajo sus huellas...
y que ha recibido tanta,
y tantísima experiencia!!
Ya soy yo un viejo y no puedo,
pero tu... qué!.. qué!.. (Entusiasmado y con arrogancia) Quimera!
Todavía por fortuna
corre sangre por mis venas,
y puede servirme aun
para escribir donde quiera
la esperanza de los pobres
y el consuelo de mis penas.

ESCENA III

Dichos y D. Jacinto

JACINTO. ¿Está loco el Sr. Blas?
BLAS. Que lo pregunte no extraño.
JACINTO. Bien sabes que no me engaño...
(A Manuel) Adios, chico, ¿como estas?

MANUEL. Bien, gracias; ¿y su salud?
JACINTO. Gozando de beneficio.
BLAS. (A Jacinto por Manuel) Sabe usted que huye del vicio
y se acoje á la virtud?
MANUEL. (A Jacinto) ¿La niña?
JACINTO. Sin novedad.
¿Con que de tus males curas?
MANUEL. (Por Blas) Me curaron las locuras
de su ya avanzada edad.
JACINTO. Por ello mis alegrías...
MANUEL. (Por Blas) Solamente escucho en casa
los principios en que basa
sus hermosas teorías.
JACINTO. Y es bantante... ¡lo presiento!
(Por Blas) Pronto te convencerá;
¡casi ha conseguido ya
dejarme sin pensamiento!
Yo tuve mis opiniones
y apenas se las decía
al punto me las vencía
con sus profundas razones;
es verdad que en cierto tema,
por mucho que me argumenta...
BLAS. (Con sorna) Por que no le tiene cuenta...
JACINTO. ¡Lo dices con una flema!...
¿Cómo quieres que yo admita
principios, cuya moral
todo el mundo por igual
de malvada la acredita?
¿Qué hará la juventud
si con ese desparpajo
se la dice que el trabajo
es la más bella virtud?
¿ó enseñándole ese cuento
que al hombre en la sociedad
le dá superioridad
su virtud y su talento?

Pues, cualquiera con derecho,
según esa tu opinión,
sin ostentar un blasón,
ni aun una cruz en el pecho,
exigiría respeto;
llegándose el caso á dar
de tenernos que inclinar
delante de algún paleto;
y yo, que nunca hice mal,
sino mucho bien que callo,
por no mostrar ningún callo
fuera un hombre antisocial.

BLAS. No digo eso en verdad,
pues trabaja, á mi juicio,
todo aquel que un beneficio
reporta á la humanidad.
Trabaja, el que lanza al viento
los acordes de su idea
y allá en el alma desea
que progrese el pensamiento:
quien arranca maravillas
á los arcanos del Cielo:
quien hace el surco en el suelo
para enterrar las semillas:
quien previendo los azares
en analizor se aferra,
las entrañas de la tierra,
los abismos de los mares:
quienes se pasan su edad
estudiando con porfía,
los unos la economía,
los otros la enfermedad:
el que estudia y el que enseña:
quien consuela al afligido:
el que ampara al desvalido
y en sn justicia se empeña:
el que enseña la moral

y al tiempo que la predica
sin jactancia la practica
siendo un modelo cabal...
Y... (Blas que habrá ido exaltándose por grados, al llegar aquí busca una frase que reasuma toda su idea, y no encontrándola, dice lo que sigue lleno aun de calor y entusiasmo) aquel que al género humano.
dé utilidad ó belleza,
bien lo dé con su cabeza
ó bien lo dé con su cabeza.

JACINTO. (No lo dije: ¡¡voto á tal!!
Yo no se que responder), (Contrariado)
¡has sabido tu esconder
toda la escala social!

BLAS. No señor, que yo no amparo
al que á otro perjudica.

MANUEL. Con esa razón se indica
su justicia.

JACINTO. ¿Sí?

MARÍA. ¡Está claro!

JACINTO. Pues señor, estoy lucido.
Ya me callo; no hablo más;
si ustedes están con Blas,
debo darme por vencido.

BLAS. Vamos, señor, no se exalte;
si eso usté á mal no lo toma...

JACINTO. ¡¡No te rías, que no es broma,
y dispensa que te falte:
no cuadra á mi convicción
y el sostenerlo es de loco.

BLAS. (Riendo) Si á mí me importa muy poco.
(A Manuel) Vamos, niño á la instrucción.
que se va haciendo muy tarde.
(A Jacinto) Dejo á usted, aunque se ofenda
al cuidado de esta prenda.
Hasta luego. (Vánse Blas y Manuel por el foro)

JACINTO. Dios te guarde.

ESCENA IV

María y D. Jacinto

(María está haciendo labor).

JACINTO. (Paseándose agitadamente) Jesús, Dios, ¡qué irritación!
No viniera ningún día,
¡ay!, sino fuera María
porque me trae mi pasión!

MARÍA. No comprendo que le cuadre,
ya que usted en mí se fija,
el pretender á la hija
cuando así aborrece al padre.

JACINTO. ¡No le aborrezco, por Dios!
Le quiero á más no poder;
es tu padre, te dió el ser...
por eso os quiero á los dos. (Pausa)
Tiempo ha estoy esperando
la afortunada ocasión
en que puedas tu opinión
aclararme; y ya ves cuando,
nos la depara la suerte.
Dime, pues, niña querida,
si me vas á dar la vida
ó piensas darme la muerte.

MARÍA. (Turbada, indecisa) Soy muy joven... y á mi edad...
y aunque más edad tuviera
por usted yo no sintiera...
(Y no digo la verdad;
más Manuel tiene razón),

JACINTO. Un motivo, no me explico.

MARÍA. Yo soy pobre y usted rico...

JACINTO. Nada importa al corazón.

MARÍA. (Con sentimiento) Al corazón!!... Aunque le sobre
el amor de la inocencia,

se tira al lodo su esencia
si pertenece á una pobre.
¿Ha oído usted alguna vez
allá en la más alta esfera
preguntar la compañera
del marido la honradez?
¿Qué puede importarle á ella
que corra mil aventuras
y que cabe sepulturas
al honor de una doncella,
si no hieren sus oídos
en sus ratos de reposo,
ni las risas del esposo,
ni del pobre los gemidos?...
¡Ah! Yá la madre, ese ser
que el corazón nos ocupa,
¿sabe usted si la preocupa
de aquel hijo el proceder?
Ella vive de tal suerte
subyugada por el hijo,
que mira con regocijo
que en el vicio se divierte;
y no percibe el dolor
que deja por donde pasa,
porque no llega á su casa
los ayes del deshonor.

JACINTO. (¡Lleva razón; es verdad!
La adoro... ¡¡por qué es tan bella!!
más si me caso con ella,
¿dónde está mi dignidad?
En fin... quien sabe... tal vez
su inocencia á mí la lanza...
Pero Blas... la confianza
que tiene en mí... su honradez.)

MARÍA. ¿Y bien?

JACINTO. ¿Preguntas?

MARÍA. Señor...

JACINTO. (Veremos lo que resulta.)
MARÍA. (Alguna cosa me oculta.
¿Se habrá entiviado su amor?)
JACINTO. (A todo estoy decidido
á cambio de hacerla mía.)
Me es necesario María
el verme correspondido.
MARÍA. Y lo estará; yo lo juro...
JACINTO. Bendita seas. (Dirigiendose á ella) ¿Puedo ya?
MARÍA. Si alguna prueba me dá
de ser su cariño puro...
JACINTO. (Con orgullo) ¡Pruebas me pides á mí!
¿Cómo la quieres mayor
que jurarte por mi honor,
que estoy prendado de tí?
MARÍA. No es bastante un juramento.
JACINTO. (Altanería) Lo pronuncia un caballero.
MARÍA. Obras son las que yo quiero
no frases sin sentimiento.
JACINTO. Yo... siento en mí, ¡comprende!
las protestas que ya te hice.
MARÍA. Por desgracia, honor se dice
cuando el hombre algo pretende.
Más, porque sólo es hablado
si aquello se ha conseguido,
cuando la voz se ha perdido
el honor queda olvidado.
JACINTO. ¿No me crees?
MARÍA. Desconfío.
JACINTO. Dime, pues, que debo hacer
para probarte mujer,
que es tuyo, más bien que mío,
el corazón que aquí arde.
MARÍA. Esperarse aquí un momento
y decir su pensamiento
á mi padre.
JACINTO. Ya es muy tarde...

y no puedo... (Contrariado) (Que eso exija
á mis planes no conviene).
¿Y qué necesidad tiene?...

MARÍA. Me impone el deber de hija
dejar en esta ocasión
á mi padre decidir.

JACINTO. A él no es dado el impedir
impulsos del corazón.

MARÍA. Pero manda la prudencia
que esos impulsos se dejen
llevar por lo que aconsejen
la razón y la experiencia.

JACINTO. (No la veo mal dispuesta;
mis planes combinaré.)
Pues mañana volveré,
así... á la hora de la siesta.

MARÍA. Y al venir aquí, yo entiendo.

JACINTO. Le hablaré de nuestro amor.
Te pido en cambio un favor.

MARÍA. ¿Qué?...

JACINTO. Que cuando estén durmiendo
me permitas que te vea.
¡Es pequeña la merced!...

MARÍA. No señor; dispense usted
le niegue lo que desea.

JACINTO ¡Tú me apuras la paciencia!
¿Es quizás algún delito?

MARÍA. No, no lo es; más necesito
de mi padre la licencia.
Y tenga usted muy presente
que mientras él no la dé
obligada me veré
á no admitirle.

JACINTO. ¡Corriente!
Pues bien; cuando pase una hora
que ya estarán recogidos,
escucharán tus oídos

el amor que me devora.
(Y si es verdad te han herido
mis amorosas palabras,
me escucharás; y como abras...
entonces habré vencido.) (Váse por la puerta del foro)

ESCENA V

María

MARÍA. (Viéndole marchar) ¡Cree que le dió mi pasión
para ofenderme derecho!
¡La dignidad de mi pecho,
sabrá ahogar al corazón!

ESCENA VI

María, Blas y Manuel

(Blas y Manuel hablan en último término sin que María se aperciba de su llegada hasta que lo indique el diálogo)

MANUEL. Ella misma me lo dijo.
BLAS. Mañana he de preguntarle;
por más que, según te he dicho,
no creo yo que traspase
los límites de *amistad*,
y en caso de que la ame
no olvidará D. Jacinto
los deberes que ella trae.
Mil veces le oí decir,
sobre amorosos percances,
que mayor es el respeto
cuanto la amistad más grande.
MANUEL. No confío en sus palabras:
¡quiera el cielo que me engañe!

BLAS. Te engañarás hijo mío;
mañana podré pobarte...
(Alto, pero sólo á Manuel) Nada, déjalo á mi cuenta.
MANUEL. No debe usted descuidarse.
BLAS. ¿María? Creo que el lecho
me brindará á que descanse.
MARÍA. (Queriendo ocultar su llanto) Sí, papá.
MANUEL. (A María: ha sorprendido su movimiento y se acerca á ella diciéndola)
¡Ola! ¡Tu has llorado!
MARÍA. (A Manuel) ¿Yo?
MANUEL. Hay en tus ojos señales.
BLAS. Bueno: hasta mañana, niños.
(A Manuel) ¿Tú no piensas acostarte?
MANUEL. (A Blas) Esperaré un poco más;
(Con intención) de la lección de esta tarde
se me ocurre cierta duda
(Por María) y deseo preguntarle. (Manuel y María hablan bajo
BLAS. (Contemplándolos) (Con cuanto cariño ella
se afana por enseñarle.) (Vase)

ESCENA VII

Manuel y María

MANUEL. Estas cosas no comprendes.
Yo bien quisiera explicarme;
pues que si tu conocieras
de esas mujeres la vida
dolorosa y miserable,
borraras ese cariño
que sin duda ha de pesarte...
MARÍA. Sí, lo comprendo, Manuel.
MANUEL. ¡Imposible!
MARÍA. No te extrañe.
Si has llegado á conocer
del mundo todos sus males,

porque fué tu juventud
contínuo libertinaje;
yo aquí, al lado de mi mesa
y en la compañía amable
de nuestro padre, con fe
he sabido dedicarme
á estudiar la sociedad
y conocer sus maldades;
pues son los libros, maestros,
que enseñan á quien los abre,
del mundo lo más oculto,
sus más amargas verdades.

MANUEL. ¿Por qué niegas mi razón?

MARÍA. Yo no digo que te falte.

MANUEL. ¡Te quiere mal D. Jacinto!

MARÍA. Eso no puede apreciarse;
pues aquella su altivez,
es hija de su carácter.

MANUEL. En desfigurar los hechos,
parece que te complaces. (María llora.)

MARÍA. (Es verdad, los desfiguro!
Debo poner de mi parte
para evitar el conflicto
que pudiera originarse.)

MANUEL Esas lágrimas me dicen
cosas... (Con arrebato) que debo callarme.

MARÍA. Basta, Manuel; no permito,
ni que por tu mente pasen,
suposición que me ofenda,
pensamientos que le agravien.

MANUEL. Pues, no dices que exigió
con altivos ademanes...

MARÍA. Que en trascurriendo una hora
me dignará de escucharle.

MANUEL. (Exaltándose gradualmente) ¡Ah! ¡Con que te exige citas
y te las pide muy tarde!...
¿No comprendes, desgraciada,

sus deseos de aprovecharse
de ocasión en que dormidos... (Desesperado)
Voto á tal... ¡¡He de matarle!! (Llega á la mesa y coge la navaja. María se le interpone)

MARÍA. Por Dios hermano!
MANUEL. ¡¡Sí!! ¡¡Aparta!!
MARÍA. ¡Vas cruel á asesinarme!
MANUEL. Quiere robarte el honor! (Luchan: el quiere salir ella le detiene)
MARÍA. ¡No es esa razón bastante
para privar de la vida
á quien es tu semejante!
MANUEL. ¿Qué me importa!
MARÍA. ¡Tu conciencia!...
MANUEL. ¡Quito del mundo un infame!
MARÍA. ¡No!
MANMEL. María, paso!
MARÍA. (Las fuerzas
comienzan á abandonarme!)
MANUEL. ¡¡Paso!!
MARÍA. No, cuando mi pecho
el último aliento exhale. (Arrollidándose)
¡Detente, por Dios, Manuel!
MANUEL. Tú á mis pies arrodillarte!...
Levántate ó no respondo...
MARÍA. ¡Ah!... Por mí!... ¡¡Por nuestro padre!!
MANUEL. ¡Ah! Mi padre!... (Deja la navaja sobre la mesa) Que baldón
á sus canas iba á echarle!...
Levanta, que ese no es sitio
que debe ocupar un angel.
(Con cariño) ¡Oh! Te hice sufrir, María!...
Estas faltas, no te extrañen,
que son últimos resíduos
de aquella vida que traje.
Allí no había más que odio,
desprecio, furia, coraje
y es muy natural que el pobre
que con ellas se encenague

cuando pase junto á otros,
si no le asfixia le manche.

MARÍA. Puedes dudar un momento
que deje de perdonarte?

MANUEL. No lo dudo... Yo, perdida
te creí... y quise salvarte.

MARÍA. Manuel; don Jacinto me ama.

MANUEL. (Después de meditar.) Si me permites quedarme,
prudentemente escuchando,
reflexionando rus frases,
tal vez luego te dijera
con seguridad sus planes.

MARÍA. Serás templado?

MANUEL. Seré. (Una campana toca á fuego.)

MARÍA. Aunque escuches despreciarme?

MANUEL. (No sé si tendré valor.)

MARIA. A fuego tocan!

MANUEL. Algo arde.
¿Dónde será?

MARÍA. Voy á verlo.

MANUEL. No, no salgas á la calle;
mira aquí por la ventana... (Hace esfuerzos por abrir la ventana)
Está cerrada; ¿y la llave?
(En tono de broma) Alguna cosa temías
cuando tan bien la cerraste.

MARIA. No, Manuel; si padre es
quien la cierra por las tardes. (María toma la llave y la dá á Manuel

MANUEL. (Manuel abre la ventana) Ya cedió.

MARIA. ¿Se ve algo?

MANUEL. (Mirando á la calle) Nada.

MARIA. ¿Vas?

MANUEL. No deja de llamarme
esa maldita campana,
y no quisiera dejarte...
(Siento miedo, y yo no sé
si estoy temiendo cobarde,
las desgracias que allí ocurran
ó las que aquí se desaten.)

ESCENA VIII

Dichos y Blas

(Vistiendo traje de bombero).

MARIA. Padre!
MANUEL. ¡Ah, ya!...
BLAS. ¿Qué haces aquí?
Oyes que tocan á fuego
y estás quieto?
MANUEL. Yo iré luego.
BLAS. Cómo! ¿Lo dices así?
De hacerlo serás capaz?
Podrás estar encerrado,
suponiendo un desgraciado
entre la llama voraz? (Manuel se acerca á Blas y hablan bajo)
MARIA. (Cuantos pesares, ¡ay Dios,
se acumulan sobre mí!!)
MANUEL. (Alto) Yo quiero escucharle aquí.
BLAS. (Idem) Pues allí iremos los dos.
MANUEL. Quiero salvar á mi hermana
de un amor que es un delito.
BLAS. Un crimen será si el grito
desoyes de esa campana.
MANUEL. Aunque sea. ¿No me dispensa?
BLAS. No! Serás desobediente?
¡¡Si parece un inocente
ó una mujer indefensa!!
MANUEL. Está en peligro María!
BLAS. Deliras!
MANUEL. No!
MARIA. ¡Padre! ¡Sí!!
BLAS. Dime: ¿qué dirá de tí
esa honrada compañía?

Saber por que te admitió?
Porque ambos á dos hicimos
promesas... Si no cumplimos...
(Como para terminar la frase) Me sigues?...

MANUEL. No!...

BLAS. (Que cree que es negación) ¡Cómo! ¡Nó!
Por la fuerza. No ha de ser? (Le empuja hacia la puerta, Manuel se resiste)
¡Cobarde!!

MANUEL. ¿Yo?

BLAS. ¡Sí, señor!

MANUEL. ¡Aquí me tiene el honor!!

BLAS. (Blas arrastra á Manuel: vánse) ¡Allí te llama el deber!! (Foro)

ESCENA IX

María

(Después de cerrar la puerta foro).

(Se asoma á la ventana) Dónde podrá ser, Dios mío;
nada veo; por la azotea?...
voy allá; quizá se vea. (Toma el quinque y se marcha por la puerta lateral después de cerrar la del foro; queda la escena á oscuras)

ESCENA X

D. Jacinto (por la ventana).

JACINTO. (Desde fuera) Reina de mi aldedrío
confía en mí; yo te quiero:
nada tendrás que temer.
(Entrando por la ventana) Tu padre cumple el deber
que tiene como bombero...
y no vendrá.—Una cerilla... (Enciende)
¡No hay nadie! (La navaja que estará sobre la mesa) ¿Qué arma es
(esa?

Ni el quinqué sobre la mesa...
y por el suelo una silla... (Que habrá caído en la lucha de Blas y Manuel)
Yo no quisiera salir
sin cerciorarme. ¿Y mi caja? (La saca del bolsillo y enciende de nuevo)
Aquí está. ¿A ver? ¡La navaja!
No se que quiere decir... (Tomando la navaja)
Está bien, la empuñaré,
y si alguien está en acecho...
en hundiéndola en un pecho
á su cama llegaré!
¿Qué me puede reprimir,
ya que así me precipito,
el cometer un delito
por llegarla á conseguir?
Su virtud!... ¡Qué tontería!
Si persiste en su pureza...,
¡¡si no de grado, por fuerza (Adelanta y se detiene repetidas veces, según lo crea prudente el actor)
conseguiré hacerla mía!! (Dicidiéndose llegó hasta la puerta izquierda)

ESCENA XI

D. Jacinto y María

(D. Jacinto al verla retrocede avergonzado de su conducta)

MARIA. Está muy bien, D. Jacinto;
¿iba usted á mi habitación?
JACINTO. Me llevaba la pasión...
MARIA. (Con entereza) Le arrastraba un mal instinto.
Dígame, por que huye así:
¿no me encuentra usted aquí abajo?
¿No le evito á usted el trabajo
de haber subido hasta allí?
Sacie usted esa pasión

que le llevaba á mi lecho;
sino puede venga al pecho
destroce mi corazón,
¡ay!, ese arma enmohecida (Por la navaja que aun estará en manos de D. Jacinto)
que detuvo mi prudencia...
¡pues no cortó su existencia,
que venga y corte mi vida!

JACINTO. No te comprendo, María.

MARIA. Ni lo presume tampoco?
Para matarle hace poco
una mano la esgrimia.
Creyéndole á usted más sano
con lágrimas de mis ojos
pude vencer los enojos
que cegaban á mi hermano

JACINTO. (Arroja la navaja) (De su compasión objeto:
¡me avergüenza mi ruindad!)

MARIA. En pago de mi bondad
viene á faltarme al respeto;
y á merecer este amor
nacido de la virtud,
se presenta en la aptitud
del que arrebata el honor.

JACINTO. ¿Me amas?

MARIA. Sí.

JACINTO. (De rodillas) Tu compasión.

MARIA. Lástima en verdad me inspira!

JACINTO. Más por Dios! Que no es mentira
que me abrasa la pasión.

MARIA. (Con reticencia) ¡Es una pasión muy pura!

JACINTO. (Con asentimiento) Y si me ciega en momentos
no culpes mis sentimientos,
culpa sólo tu hermosura.
Pues si traspasé (es verdad),
del honor la fragil raya
lo hice rehuyendo la valla

que pone la sociedad.
Desprecio ya mi riqueza
y oígo atento al corazón:
sobre social condición
se encuentra naturaleza!

MARIA. ¡Arrepentido!

JACINTO. ¡Ay de mí!

MARIA. Le perdono. (Blas llama desaforadamente á la puerta)

BLAS. ¡María abre!

JACINTO. ¡Tu padre!

MARIA. ¡¡Es verdad; mi padre!!
Huya usted.

JACINTO. ¿Yo?

MARIA. Por aquí. (Señalando la ventana, D. Jacinto vase por ella precipitadamente)

ESCENA XII

María y Blas

(Agitado, descompuesto con una caja al hombro).

BLAS. Dónde está? (Después de haber recorrido la escena) ¡Nadie!

MARIA. ¡Padre!
¡Dios mío! Por qué se agita?
Qué busca usted?

BLAS. (Con delirio) Hija maldita,
mi honra, mal que te cuadre.

MARIA. Padre, ¿qué está usted diciendo?

BLAS. (Fijándose en la ventana y con desesperación y dolor)
¡¡Abierta!! Quién la ha robado,
sin duda se habrá marchado
por esa ventana huyendo.

MARIA. No...

BLAS. ¡Calla!!

MARIA. ¡Por compasión
deshonrada no me lleme!

BLAS. ¡Ah! Y es ese el fruto infame
que me dá tu educación!
Lo ignorabas por ventura?
¡Lo dije más de una vez!...
«Debe el pobre su honradez
conservar siempre muy pura.»
(Con abatimiento, llora) ¡Oh! Qué ingrata recompensa!
MARIA. ¡No, mi honra no está perdida!
BLAS. Sí; el sendero de mi vida
los has cubierto de vergüenza.
MARIA. Padre, no es cierto!...
BLAS. ¡Es verdad!
MARIA. Lo juro. ¡Tormento cruel!

ESCENA XIII

Dichos y Manuel

BLAS. (Los dos se abrazan á Manuel) ¡Ven á mis brazos, Manuel!
MARIA. ¡Ay, hermano, ten piedad!
BLAS. (A Manuel) Fué fundada tu opinión.
MANUEL. Procedamos con más pausa,
y decidme cual la causa
que motiva esa aflicción.
MARIA. Padre...
MANUEL. ¡Silencio, María!
BLAS. (A Manuel) Ya sabes, nos dijo Emilio
al pasar, que el domicilio
del tal D. Jacinto ardía.
Corrí más y tú conmigo
en alas del puro bien,
pues me llevaba también
los afectos de un amigo.
Al llegar me horroricé
viendo arder el dormitorio;
pido agua...

MANUEL. Sí, fué notorio.

BLAS. Salté á la ventana, entré:
por fortuna ví un buen trecho
libre de la voraz llama;
oígo una voz que me llama;
entro más, y llego á un lecho.
En él, medio rebujada,
grita y llama por instinto
la hija de D. Jacinto
que estaba medio asfixiada.
Toméla al punto; miré
que estaba cerca esta caja
y quitándome la faja
á sus asas la amarré:
salí fuera... ¡noche amarga!
Cuando hallar creí consuelo
porque salvada en el suelo
dejé mi preciosa carga,
la gente á mí más cercana
burlándose, ¡ay! me dijeron,
que á D. Jacinto le vieron
saltar por esa ventana.
Y al par que me lo decían,
destrozando mi decoro...
mil personas, ¡ay!, á coro
de mis canas se reían...
Cargo sobre mi cabeza,
pues á nadie quise fiar,
la caja en que debe estar,
de seguro su riqueza;
y pensaba...

MARIA. Qué, señor?

BLAS. De tirarla aquí á sus piés,
diciéndole: «el interés
vale menos que el honor.»

MANUEL. (Todas las frases de Manuel deben ser dichas con mucha calma contrastando la exaltación de Blas) ¿No hay otra cosa nueva?

BLAS. Sí, llegué; me abrió la puerta...
y... ví esa ventana abierta!!
¡Oh, dolor! Esa es la prueba!
MANUEL. De qué?
BLAS. De que en mi ausencia
bien por fuerza ó bien de grado
mancharon mi nombre honrado
deshojando su inocencia.
MANUEL. No, padre.
MARIA. Qué?
MANUEL. Seré el juez.
(En tono de satisfacción) Sí; sino me engaña el juicio
esta vez le dice el vicio (se indica á sí)
que es injusta la honradez. (Indica á Blas)
BLAS. ¡Cómo!
MANUEL. No es prueba...
BLAS. Sí.
MANUEL. No basta.
BLAS. Sí; bien lo sé!
(Por la ventana) Esta tarde la cerré.
MANUEL. Y... yo esta noche la abrí.
BLAS. (Me engaña!)

ESCENA XIV

Dichos y D. Jacinto

JACINTO. A mis brazos, Blas.
BLAS. Usted me pide los brazos?,..
(Con furor) Venga usted y en estos lazos
ha de morir.
MARIA. (Deteniendole) Papá!
BLAS. Atrás.
JACINTO. (Turbado) Qué es esto? Si yo... en virtud
de tu buena obra... merced...
BLAS. ¡Si yo no quiero de usted

tampoco la gratitud!

JACINTO. La amistad...

BLAS. Esa palabra
no la manche con sus labios.

JACINTO. Si te hube de hacer agravios...

BLAS. Uno mi desdicha labra:
uno cien veces mayor
que el de arrancarme la vida.
¡Que profunda es una herida,
don Jacinto, en el honor!

JACINTO. Ya te comprendo Blas... Sí...
lloro... y pido tu perdón;
fué aquello una ofuscación
que nunca he sentido en mí.

BLAS. Y al pensar que mientras yo
de una muerte horrible y fija
salvé contento á su hija,
la mía usted deshonró...
se hace mayor mi amargura.

JACINTO. ¿Ves esta gota de llanto? (mostrándole la mano humedecida)
¿Está clara?

BLAS. Sí.

JACINTO. (Por María.) Pues tanto
como éste cristal es pura.

BLAS. No pensó...

JACINTO. Sí; más me dijo
desarmando mis intentos
que con su llanto y lamentos
detuvo á Manuel...

BLAS. ¿A mi hijo?

MANUEL. Creyendo entrever su plan
y con la calma perdida
quise lavara su vida
una ofensa que, en mi afán,
me forjaba yo en la mente.

BLAS. (A don Jacinto.) A comprenderlo no acierto
¿Pero es verdad ó no es cierto

eso que dice la gente?
¿Por esa ventana, ¡ay Dios!
entró por desgracia mía?

JACINTO. Yo pensé que ella quería
que aquí habláramos los dos:
la cité...

BLAS. ¿Su idea fué sana?

JACINTO. Lo confieso, no lo fué;
por lo mismo me alegré
ver abierta esa ventana.
Entré: silenciosa, obscura,
esta habitación encuentro.
¡Que miedo! Creí que aquí dentro
me hallaba en la sepultura.
El orgullo, el egoísmo,
me dijeron «cobardía»
dí un paso, llegó María;
sentí rubor de mí mismo.
Díjome que á su hermano
con su llanto había vencido
y... me marché arrepentido
dispuesto á pedir su mano.

BLAS. ¿Que dice usted?

JACINTO. La verdad.

BLAS. ¡La verdad!

JACINTO. Sí, no te asombre,
lo que más obliga al hombre
es el amor, la bondad...

BLAS. ¿Le amas?

MARÍA. Sí, le amo.

BLAS. María (Transición, pausa.)
perdona, ¡que bien me ha hecho!
(A don Jacinto.) Me ha quitado usted del pecho
un peso que me oprimía.

MANUEL. Procure usted que se logre
su amor, ya que tanto la ama.

JACINTO. Blas, su mano. Hoy la llama

me ha convertido en un pobre.
Si ayer rico no la amé
hoy es mi polar estrella;
para hacerme digno de ella
desde hoy trabajaré.

BLAS. (A ese noble sentimiento
del corazón, ¿quién resiste?)
Su riqueza aun existe;
más al arrepentimiento
le dejó abierto el camino.
Si no quiere no se case.
Si usted lo desea, que pase
por el sufrir del destino.
No quiero ejercer presión
sobre su franca conciencia,
aunque la maledicencia
pique su reputación.

JACINTO. Me la niegas. ¿Verdad Blas?
No la merezco. Haces bien!

MARIA. ¡Oh, Dios!

JACINTO. Si me ama también!
¿Quieres matarla quizás?

BLAS. No; suya es.

JACINTO. Mi gratitud...

BLAS. Aquí en mis brazos os quiero.
Hijos míos cuanto prefiero,
al dinero la virtud.
En estas luchas del alma,
si nos inspira el amor,
el más profundo dolor
se trueca en plácida calma;
pues gozo dichas inmensas,
porque contemplo en la vida
la juventud corregida.

JACINTO. Y el perdón de las ofensas.